

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NÚM. 2394

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7 50 id.—Extranjero, tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Muestras sueltas 15 céntimos

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Lunes 14 Octubre de 1939

DESPIERTA.

Despierta, alba: el matinal albor
Las cosas buenas alijentando va,
Y en la vida perfumada ya,
Se despierta en la fresca flor.
Ven; no hay encanto, para mi mayor
Que el que tu vista a mis sentidos da,
Ven; que en las tazas humeando está
El aromático y sin igual licor.
Café de El Barco de Valencia es,
Da el que te gusta con posito a ti
Porque conserva a par nuestra salud.
Por el sin fiebre y con color te ves,
Por el me tienes a tu lado a mí
¿Serás ingrata con El Barco tú?

Los exquisitos chocolates, cafés y té de El Barco de Valencia se venden en todas las tiendas de ultramarinos en la provincia de Murcia, representante general para las ventas al por mayor Benigno Sánchez Risueño, 3 Caridad 3. Cartagena.

Recomendamos.—Quinina dulce Baza.—(Véase anuncio 3.ª plana.)



LA SEMANA ANTERIOR.

—No.
—Cuestión:
—Dispense el señor Regente,
pronto estará terminada.
—Remítamela entregada
para componerla.
—Basta
de conversación, amigo,
que voy a confeccionarla.

Un tiro se disparó
en cierta calle apartada
resultando herido un chico
que en el Hospital se halla.
No he podido averiguar,
y esto a mucha gente pasa,
si fue casual el disparo
o vice-versa. Sin causa
entiendo yo que a un muchacho
puede, nadie lo maltrata,
y la causa no parece,
luego la cosa está clara.
—para aquel que no esté turbia—
fue casual esta desgracia.

Varios matrimonios se
hicieron en la semana
que hoy resalta, y para todos
pido a Dios dicha sin tasa,
suplicando al mismo tiempo
a Dios y la Virgen Santa
que sean felices aquí, me libren
de una hora desagradada
porque de ser otro
caso de casarse. Vaya!
y sobre todo si hay suegra
que viva con uno en casa.

La Junta de Sanidad,

apezar de ser citada
dos veces por el Alcalde
para hablar como Dios manda
de un asunto de interés,
no acudió; cosa bien rara.

A las tres va la vencida
dice el refrán, y es verdad,
pues el Terceraviz
logró el Alcalde encontrarla
reunida, para tratar
este asunto de importancia.

Discutióse con calor
y acordaron... que no haya
visita a los cementerios.

¿Qué es la medida arbitraria?
yo no digo si no
pero afirmo que me extraña,
porque no encuentro motivo
ninguno para negarla.

Continúa el Circo cerrado
y nadie de él dice nada,
en cambio Maiquez prosigue
con fortuna su campaña,
que poniendo Al agua, patos
y Año pasado por agua,
ya saben, son seguras
y excelentes las entradas.

La cosa es muy natural
porque a todos entusiasma
contemplar las bellas formas
de las tipples que allí cantan.
Pues y la Antonia García
en el Zúbaro del teatro...
vuelve loco a medio mundo
con su salero y su gracia.

Un profesor esta tarde
á un muchacho preguntaba
por el padre de las hijas
del Zebedeo. Ahí es nada.
Pero el discípulo dijo
con seriedad y con calma:
«Estremera es el papá»
y el chico no se engañaba
que si ustedes van á Maiquez
verán la respuesta clara.

—¿Está lista la revista?
—Sí, regente, ya está lista
y, se la puede llevar.
—Pues me voy á trabajar.
—Adiós, hombre, hasta la vista.

La generosidad de Muley Hassan

Durante su permanencia en Tánger el emperador de Marruecos ha hecho revivir las leyendas árabes de Harun al Rachid, por medio de algunos actos de generosidad.

Para no molestar al lector, citaremos solo algunos ejemplos.
Un pobre indigena del territorio de Anghe-
ra ofreció al sultán dos pollitos, pronunciando á la vez estas palabras: «Atiende, señor: Soy desgraciado y muy pobre, pero tú eres bueno y justo; en mi visita no te puedo ofrecer más que este par de pollitos.» S. M. aceptó de buen grado la oferta y las frases de que fue acompañada, e hizo despojar al pobre regalándole 30 piastres.
El día en que el Sultán se dirigía al cabo Esparte, llamado la «Mecación», á la subida, una familia de españoles que le salió al paso, gritando: ¡Viva Muley Hassan!
El emperador paró su caballo con objeto

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. Corresponsales en París: E. A. Lorette, rue Cassini, 5. Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 51. Y en Londres: Freeb Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

de recibir los ramos de preciosas flores que le ofrecían las mujeres españolas; y para demostrar que era de su agrado el obsequio, aspiró el aroma de las flores, y mandó regalar 30 duros á los españoles que le obsequiaban.

Un funcionario del Consejo de Sanidad del puerto de Tánger fue presentado al emperador por el ministro de Inglaterra, sir W. Kirby Green. El empleado, no encontrando otra cosa mejor, regaló al sultán una jaula con doce preciosos pájaros cantores.

«Señor—dijo el empleado inglés al ofrecer el regalo—mi fortuna no me permite ofrecer á V. M. un obsequio de más valor.»

El sultán aceptó el regalo, haciéndolo, que lo pusieran á su lado, lo cual debe considerarse como un favor especial, y luego habló largamente con el inglés acerca de las condiciones de los pajarillos cantores.

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

CAMPANARIO.

Charada

Con mi dos tercía, cogí
lo que yo me proponía;
aquello que trasladé,
en la vida, donde oí
lo que dijo Rosalía,
si por descubrir el lío
siguiera me prima y tercera,
aunque el dicho sea mío,
se lo endosaré á mi tío
y así echaré el bulio fuera.

La solución en el número próximo.

LA MURMURACIÓN.

De todas las murmuraciones la más inocente es sin duda la de los ríos cuando sus corrientes hacen ruido por entre las piedras y arenas.

Y sin embargo este murmullo ha sido motivo á múltiples atentados poéticos, motivo de sonrojo para las nueve hermanas.

La academia española que vive con un siglo de atraso, sigue creyendo que en estos tiempos la murmuración ofrece el mismo aspecto que cuando nuestros abuelos usaban montera y abultada trenza, excepto los pelos.

Entonces se hablaba más de los ausentes en voz baja, de conversaciones secretas, como si dijéramos en confidencias tan reservadas que rara vez salían á la pública vergüenza, por más que también se daban casos de indiscreción mayaguala.

La deficiencia, pues, que la dicha corporación nos ofrece, tiene un siglo de atraso.

Hoy se murmura públicamente, sin precaución ni recato, no solo en las conversaciones particulares sino hasta en las destinadas á la imprenta.

Acaso la forma de intervenir no es la más apropiada para que una quier prójimo empujorotado se permita el lujo de murmurar del gobierno y de media humanidad, sin tener para nada en cuenta esta sublime máxima: «el que no haya pecado que tire la primera piedra.»

Una de las tantas conquistas del progreso consiste en que los más pecadores se creen autorizados para tirar tantas piedras como culpas han cometido.

Muchas veces la murmuración no pasa de la categoría de chisme, bien que basta á sembrar la zizaña entre las personas á

quienes se refiere, si no son superiores á las debilidades ajenas y no saben triunfar de las propias.

En estos casos abunda la nota cómica. Recuerdo entre otros muchos un suceso originalísimo, que casi me rejuvenece.

Los años de 1863 y 1864 los pasé en Cádiz, donde á la sazón estaba de moda la costumbre de que las familias de más modesta posición dieran reuniones caseras, dos y tres veces cada semana.

Y en estas tertulias se despellaba á los ausentes de tal modo, que al más pintado lo dejaban en carne viva.

Una noche visité á las manos en sitio público, con extraordinario asombro de los circunstantes, varias señoras, cuya buena educación no parecía autorizar un desmán semejante.

El hecho ocurría á la salida del teatro.

—Pero ¿qué ocurre, que pasa para que desciendan ustedes al nivel de las garroteras? les preguntó un caballero metiéndose por medio.

—¿Qué pasa? ¿habéis visto cómo se ha terminado el espectáculo de hoy? ¿no habéis visto por nota las señoras de Estrella? ¿no habéis visto cómo se ha terminado la obra con una mezcla de clari de huevo y polvo de almidón?

El epílogo ha sido el más festivo. Los contrapuntos fueron de mucha gracia, y el saliente que había en el espectáculo.

A veces la nota cómica tiene por esta causa sus ribetes del género cómico. Hace años me llamó la atención en Madrid un curioso asistente á la tribuna pública del Congreso.

Se trataba de un individuo que tenía desportilladas las narices como si las narices se las hubiesen roto. Cuando le mereci alguna confianza, me refirió espontáneamente la causa.

—Este desperfecto lo debo—dijo—á la murmuración. Siendo joven me permití murmurar de un amigo, diciendo que no veía más allá de sus narices. Lo supo el agraviado y quiso dejarme lo mismo. Una noche me disparó á boca de jarro una perdigonada en las narices, llevándose las fosas nasales. Desde entonces las tengo un miedo cerval á los chistes. Crean ustedes que los tienta el demonio tres veces.

Menos mal cuando la murmuración no rebasa ciertos límites. Es tolerable que digan si uno tiene cara de membrillo ó cabeza de chorlito. Tampoco les importa á muchos que escudriñen los murmuradores nada menos que sus tripas para decir luego si el bulio se apodará de ellas ó que se metan en averiguar si el número de sus «ringladas» es superior al de las plagas de Faraón.

Pero á veces la murmuración no se contenta con hacer la vida imposible á la víctima, sino que llega á ser la causa de horribles dramas.

Recientemente ha ocurrido uno, del cual han dado cuenta todos los periódicos.

En Santoña vivía tranquilamente un capitán de ejército, compartiendo penas y alegrías con la mujer á quien había elegido por compañera. La conducta de ambos no se prestaba á la censura, no era motivo de escándalo. Si antes fueron culpables, habían cometido su pecado con la conciencia tranquila que á los más pecadores les acompaña después del delito, según la doctrina de la Iglesia.

El capitán y la capitana habían sido felices durante años, pero un día, al pie del altar, habían cometido un pecado con arreglo á la ley divina y á las exigencias humanas.

Forasteros en Santoña nadie conocía su pecado de origen. Podían presentarse en todas partes con la corrección con que obra-